

ESPIRITUALIDAD AGUSTINIANA DEL VOLUNTARIADO SOCIAL.

Aunque ya sabemos, pero no nos viene mal recordar, lo más granado de la doctrina agustiniana es, la mayoría de las veces, vida tematizada, experiencia que en la reflexión y por la reflexión llega a ser principios rectores de comportamiento, es decir, toda la doctrina de Agustín, y con mayor motivo la doctrina espiritual, es autobiográfica, nace primero como experiencia para pasar después a ser un articulado doctrinal coherente. Por esto, querer llegar a la raíz misma de la espiritualidad agustiniana es comenzar por la propia vida de Agustín. ¿Dónde encontrar material para descubrir lo que es y vive Agustín? Creo que su amigo Posidio, cuando nos lo presenta como convertido y consagrado nos da una serie de pistas que pueden sernos de gran utilidad para una identificación más concreta. El problema que podemos encontrarnos, afrontando así la temática, es que posiblemente nos repitamos en alguna ocasión, y más de lo que quisiéramos, por eso, en este primer acercamiento, no haremos nada más que insinuaciones que están llamadas a ser profundizadas más adelante. Transcribimos un texto del capítulo tercero, que después nos ha de servir para ir articulando los diez aspectos que queremos resaltar: “Después de recibir el bautismo juntamente con otros compañeros y amigos, que también servían al Señor, plúgole volverse al África, a su propia casa y heredad; y una vez establecido allí, casi por espacio de tres años, renunciando a sus bienes, en compañía de los que se le habían unido, vivía para Dios, con ayunos, oración y buenas obras, meditando día y noche en la divina ley. Comunicaba a los demás lo que recibía del cielo con su estudio y oración, enseñando a presente y ausentes con su palabras y escritos” (Posidio Vida 3).

1. Agustín vivió para Dios. Agustín “vivía para Dios” (Posidio, Vida 3, lo fundamental es poner a Dios en el primer lugar, que es la clave de la vida de Agustín. Él es un buscador: “Y de este modo adoctrinado, con la divina ayuda, suave y paulatinamente se desvaneció de su espíritu aquella herejía, y confirmado luego en la fe católica, inflamóse con el deseo ardiente de instruirse y progresar en el conocimiento de su religión” (Posidio Vida 1). Agustín es, por tanto, un llamado a seguir al Señor, es decir, Dios le ha invitado y él ha respondido positivamente, pero ha sido un largo proceso, casi una lucha cuerpo a cuerpo, como veremos más adelante, y en la que ha vencido Dios: “Llamaste y clamaste, y rompiste mi sordera; brillaste y resplandeciste, y fugaste mi ceguera; exhalaste te perfume y respiré, y suspiro por ti; gusté de ti, y siento hambre y sed, me tocaste, y abraséme en tu paz” (Confesiones 10,27,38). Después de esta experiencia, de este largo recorrido, Agustín puede ya decir: “Ahora te amo a ti solo, a ti solo sigo y busco, a ti solo estoy dispuesto a servir, porque tú solo justamente señoreas” (Soliloquios 1,1,5).

2. Es un convertido: “Al punto, con todas las veras del corazón dejó toda esperanza secular, sin buscar mujer, ni hijos, ni riqueza, ni honores mundanos, sino sólo servir a Dios con los suyos, anhelante por vivir en aquella y de aquella grey” (Posidio Vida 2). A la luz del texto de san Pablo “no en comilonas y embriagueces, no en lechos y en liviandades, no en contiendas y emulaciones, sino revestios de nuestro Señor Jesucristo y no cuidéis de la carne con demasiados deseos” (Romanos 13,13), la vida de Agustín dio un giro radical y durante toda su vida intentó “revestirse de Cristo” y dice: “Mas tú, Señor, te mostraste bueno y misericordioso, poniendo los ojos en la profundidad de mi muerte y agotando con tu diestra el abismo de corrupción del fondo de mi alma. Todo ello consistía en no querer lo que yo quería y en querer lo que tú querías... Libre estaba ya mi alma de los devoradores cuidados del ambicionar, adquirir y revolcarme en el cieno de los placeres y rascarse la sarna de sus apetitos carnales, y hablaba mucho ante ti, ¡oh Dios y Señor mío!, claridad mía, riqueza mía y salud mía” (Confesiones 9,1,1). En el fondo de lo que se trata es dejar libre a Dios en el

propio corazón y dar cabida en él al ideal evangélico de la santidad misma de Dios y este, después de convertido, se transforma en tarea cotidiana.

3. Es un penitente: “vivía para Dios, con ayunos”. Posidio nos narra cómo su vida era sencilla, pero digna: “Sus vestidos, calzado y ajuar doméstico eran modestos y conveniente: ni demasiado preciosos ni demasiado viles, porque estas cosas suelen ser para los hombres motivo de jactancia o de abyección, por no buscar por ellas los intereses de Jesucristo, sino los propios. Pero él, como he dicho, iba por un camino medio, sin torcerse ni a la derecha ni a la izquierda. La mesa era parca y frugal, donde abundaban verduras y legumbres, y algunas veces carne, por miramiento a los huéspedes y a personas delicadas. No faltaba el vino en ella... Usaba sólo cucharas de plata, pero todo el resto de la vajilla era de arcilla, de madera o de mármol; y esto no por una forzada indigencia, sino por voluntaria pobreza. Se mostraba también siempre muy hospitalario. Y en la mesa le atraía más la lectura y la conversación que el apetito de comer y beber” (Posidio Vida 22). Cuando nos narra su última enfermedad lo hace en clave penitencial; dice: “En conversación familiar solía decirnos que, después del bautismo, aun los más calificados cristianos y sacerdotes deben hacer digna y conveniente penitencia antes de partir de este mundo. Así lo hizo él en su última enfermedad de que murió, porque mandó copiar para sí los salmos de David que llaman de la penitencia, los cuales son muy pocos, y poniendo los cuadernos en la pared ante los ojos, día y noche, el santo enfermo los miraba y leía, llorando copiosamente...” (Posidio Vida 31).

Con estos testimonios se entienden mejor las afirmaciones de la Regla, donde se pide dominarnos, para lo cual el sentido penitencial del ayuno es importante. También en los sermones cuaresmales (Sermones 205-211) se recomienda el ayuno y la penitencia. Allí leemos, por ejemplo: “En los restantes días tenéis que procurar que vuestros corazones no se carguen con la crápula y el vino; en estos, ayunad también... Y vosotros que ayunáis también en los restantes días, aumentad en estos los que ya hacéis. Los que a diario crucificáis el cuerpo con la continencia perpetua, en estos días unios a vuestro Dios con oraciones más frecuentes e intensas. Vivid todos unánimes, sed todos fieles, suspirando en esta peregrinación por el deseo de aquella única patria e hirviendo en su amor. Que nadie envidie en el otro el don de Dios que él no posee ni se burle de él. En cuanto a bienes espirituales, considera tuyo lo que amas en el hermano, y él considere suyo lo que ama en ti... Ante todo, hermanos, ayunad de porfías y discordias” (Sermón 205,2-3). Con frecuencia habla del ayuno y la limosna como de las dos alas de la oración: “Pues no creas que te basta el ayuno. El ayuno te mortifica, pero no socorre al prójimo. Provechosas serán tus privaciones si ofrescas al prójimo aquello de lo que te privas... Si das el pan entristeciéndote, pierdes el pan y la recompensa. Luego dalo con buen ánimo, para que Aquel que ve dentro, aun estando hablando tú, diga: Estoy aquí. ¡Con qué celeridad se reciben en el cielo las oraciones de los que obran bien! Y esta bondad del hombre en la vida presente es el ayuno, la limosna, la plegaria. ¿Quieres que tu oración vuele a Dios? Dótdala de dos alas: del ayuno y de la limosna. Nos encuentre el Señor aparejados de este modo para que la luz y la verdad de Dios nos hallen llenos de confianza cuando venga a librarnos de la muerte el que ya vino a padecer la muerte por nosotros” (Comentario al salmo 42,8).

4. Es un hombre de oración: “Vivía para Dios con oración” (Posidio Vida 3). Su experiencia personal queda plasmada en aquellas palabras conocidas: “¡Oh eterna verdad, y verdadera caridad, y amada eternidad! Tú eres mi Dios; por ti suspiro día y noche, y cuando

por vez primera te conocí, tú me tomaste para que viese que existía lo que había de ver y que aun no estaba en condiciones de ver. Y reverberaste la debilidad de mi vista, dirigiendo tus rayos con fuerza sobre mí, y me estremecí de amor y de horror. Y advertí que me hallaba lejos de ti en la región de la desemejanza” (Confesiones 7,10,16).

Agustín vive inmerso en el misterio de Dios, Dios algo así como la atmósfera que le hace vivir y el ambiente vital en el que se mueve: “Nada sería yo, Dios mío, nada sería yo en absoluto si tú no estuvieses en mí; pero, ¿no sería mejor decir que yo no sería en modo alguno si no estuviese en ti, de quien, por quien y en quien son todas las cosas? Así es, Señor, así es” (Confesiones 1,2,2). Estar en Dios y dejar que Dios esté en nosotros es uno de los objetivos principales del hombre, que Agustín ha tratado de vivir en grado sumo, pero eso implica tener buenos pensamientos y hacer buenas obras: “Si tenemos buenos pensamientos, estamos en Dios, y si llevamos buena vida, Dios está en nosotros. Los fieles participamos de su gracia e iluminados por Él, estamos en Él, y él está en nosotros... Tú estás en Dios, porque Dios te contiene; Dios está en ti, porque has sido hecho templo de Dios” (Comentario al evangelio de Juan 48,10). De lo que se trata es de tomar conciencia de que somos templo de Dios; Dios habita en nosotros y esto hace de nosotros unos seres del todo peculiares, es decir, saber que somos habitados por Dios, que nos escucha y asiste en todas nuestras tareas, es algo inmenso y exige la radicalidad y la exclusividad: “Cuando estos mortales en que el Espíritu habita van progresando y renovándose de día en día, y Él los justifica más y más, los escucha en su oración, los purifica en su confesión, para tener su templo inmaculado para siempre. Con razón, pues, si dice que no habita en aquellos que, conociendo a Dios, no lo glorificaron ni le dieron gracias como a Dios. Adoraron y sirvieron a la criatura, más bien que al Creador, y no quisieron ser templo del único y verdadero Dios. Al querer tener a Dios con otros muchos dioses, en lugar de mezclarle con muchos dioses falsos, se quedaron privados del verdadero” (Carta 187,29).

Agustín, después de la conversión, ha vivido en una vibrante tensión hacia Dios, ya manifestada en la oración inicial de los Soliloquios y puesta de manifiesto en el umbral mismo de las Confesiones con el famoso: “Nos has hecho para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti” (Confesiones 1,1,1), y que no es otra cosa que la respuesta de un corazón que ha experimentado que es amado por Dios” “No con conciencia dudosa, sino cierta, Señor, te amo yo. Heriste mi corazón con tu palabra y te amé. Mas también el cielo y la tierra y todo cuanto en ello se contiene ha aquí que me dicen de todas partes que te ame... Y, sin embargo, amo cierta luz, y cierta voz, y cierta fragancia, y cierto alimento, y cierto amplexo, cuando amo a mi Dios, luz, voz, fragancia, alimento y amplexo del hombre mío interior, donde resplandece a mi alma lo que no se consume comiendo, y se adhiere lo que la saciedad no separa. Esto es lo que amo cuando amo a mi Dios” (Confesiones 10,6,8). Esta tensión hacia Dios es también y, sobre todo, diálogo: “Observe cada uno su corazón y examínese sin adulación y sin halagos. No hay cosa más necia que halagarse y engañarse uno a sí mismo. Atienda y vea cuántas cosas piensa el corazón humano. Observe cómo los vanos pensamientos impiden muchas veces la oración, de tal suerte que apenas permiten elevar el corazón a Dios; y vea cómo esforzándose por tenerlo junto a Dios, huye en cierto modo de sí y no encuentra cancel en donde encerrarse ni obstáculo alguno con el que contenga sus distracciones y errantes pensamientos, y así permanezca dispuesto para ser alegrado por Dios” (Comentario al salmo 85,7).

Esta búsqueda y deseo de Dios es en Agustín un invocar para que Dios no le deje de su mano y un tomar conciencia de que siempre ha estado presente, dirigiendo sus pasos, el mismo Dios. Agustín vive deseando y orando, su voz del corazón se transforma en plegaria, su trabajo y actividad es deseo y búsqueda de ese Dios que ha experimentado y que le tiene inquieto: “Oye, Señor, mi oración, a fin de que no desfallezca mi alma bajo tu disciplina ni me canse en confesar tus misericordias, con las cuales me sacaste de mis pésimos caminos, para serme dulce sobre todas las dulzuras que seguí, y así te ame fortísimamente, y estreche tu mano con todo mi corazón, y me libre de toda tentación hasta el fin. He aquí, Señor, que tú eres mi rey y mi Dios; pues ceda en tu servicio cuanto de útil aprendí de niño, y para tu servicio sea cuanto hablo, escribo, leo y cuento” (Confesiones 1,15,24). Vive como en un sueño y se dirige a Dios para decirle que le enseñe la búsqueda y que colme su vida con la fe: “Que yo, Señor, te busque invocándote y te invoque creyendo en ti, pues me has sido ya predicado. Invócate, Señor, mi fe, la fe que tú me diste e inspiraste por la humanidad de tu Hijo y el ministerio de tu predicador” (Confesiones 1,1,1). No obstante, Agustín es consciente de que de que el hombre sólo puede alabar a Dios porque Él es el que se alabó primero: “Para que Dios sea alabado perfectamente por el hombre, Dios se alabó a sí mismo; y porque se dignó alabarse a sí mismo, por lo mismos, encontró el hombre el modo de alabarle... Aprovecha amar a quien alabamos, ya que, amando el bien, nos hacemos mejores. Por tanto, como conoce que nos aprovecha amarle, alabándose se hizo amable; y en ello miró por nuestro bien, ya que se hizo amable. Luego se exhorta a nuestro corazón a alabarle, pues Él llenó a sus siervos de su Espíritu para que le alabasen” (Comentario al salmo 144,1).

5. Hombre de apostolado: “Vivía para Dios en buenas obras” (Posidio Vida 3). Es verdad que Agustín es, constitutivamente contemplativo, que quería dedicarse con sus amigos al ocio santo: “¿Es verdad, Agustín mío, que dedicas tu fortaleza y tolerancia a los negocios de los tagastinos y que ya no te dejan disfrutar el codiciado retiro? Dime, ¿quiénes son los que abusan de tu bondad? Sin duda los que ignoran tus preferencias y deseos. Pero ¿no tienes por ahí algún amigo que les declare tus amores? ¿No están ahí Romaniano y Luciniano? Oiganme a mí. Yo gritaré. Yo confirmaré que tu ambición se cifra en amar a Dios, en servirle y unirte a Él” (Carta 5). A pesar de esta orientación del corazón, Agustín ha tenido que vivir inmerso en la necesidad de la caridad, defendiendo y solucionando pleitos, en un empeño permanente por poner en claro la verdad y sin tener tiempo para sí mismo y para lo que más deseaba. Es consciente, no obstante, que sería necesario compaginar contemplación ya acción: “Por tanto, amadísimos, os suplico, os exhorto, os aconsejo, os mando, os ruego que todos juntos deseemos aquella vida y corramos hacia ella viviendo juntos, para que, perseverando en ella, hallemos descanso. Vendrá el momento, momento que no tendrá fin, en que el Señor nos haga recostar a la mesa y nos servirá... ¿Qué será el alimentarnos sino el deleitarse inefablemente con su contemplación? ... Lo presente pasará; ha de tolerarse, pero no amarse. Si quieres realizar el oficio de Marta, haya moderación, haya misericordia. Moderación en el soportar, misericordia en el dar. Pasará el trabajo y llegará el descanso; pero al descanso no se llega sino a través del trabajo. Pasa la nave y llega a la patria, pero a la patria no se llega si no es con la nave. Si consideramos las olas y las tempestades de este mundo, nuestra vida es un viaje por mar” (Sermón 104,7).

6. Lector incansable de la Escritura: “Vivía para Dios..., meditando día y noche en la divina ley” (Posidio Vida 3). Después de la conversión, para Agustín la Biblia es el alimento cotidiano. La Biblia es para él el libro de la historia de la caridad de Dios, en ella se descubre

el corazón mismo de Cristo: “Cristo se derramó como agua, luego se lavaron las inmundicias; se regaron las mentes. Mi corazón se hizo en mis entrañas como cera derretida: llama su vientre o entrañas a los débiles que hay en su Iglesia. ¿De qué modo se hizo su corazón como cera? Su corazón es su Escritura, es decir, su sabiduría, la cual se encuentra en las Escrituras. La Escritura estaba cerrada, nadie la entendía; fue crucificado el Señor y se licuó como cera, a fin de que todos los débiles entendiesen la Escritura. De aquí es que se rasgó el velo del templo, puesto que lo que estaba oculto se reveló” (Comentario al salmo 21,2,15).

Para Agustín se constituyó como la cumbre de la autoridad, donde se descubre la verdad plena que hay que seguir siempre y que no nos está permitido dudar jamás: “He de leer con absoluta certidumbre, seguro de su verdad, la santa Escritura, colocada en la suma y celeste cumbre de la autoridad, y por ella conoceré con verdad a los hombres, ya los apruebe, ya los corrija, ya los reprenda. Mejor es eso que en convertir en sospechosas las palabras divinas, por opinar que no son reprobables ciertas obras humanas en alguna persona de laudable excelencia” (Carta 82,5). Pero para llegar hasta este convencimiento, Agustín ha tenido experimentarlo en la propia vida y comprobar que la verdad no se encuentra por los esfuerzos humanos: “Reconociéndonos enfermos para hallar la verdad por la razón pura y comprendiendo que por esto nos es necesaria la autoridad de las sagradas letras, comencé a entender que de ningún modo habrías dado tan soberana autoridad a aquellas Escrituras en todo el mundo, si no quisieras que por ellas te creyésemos y buscásemos” (Confesiones 6,5,8).

Agustín lee diariamente este libro que le es sumamente dulce: “Tus Escrituras sean mis castas delicias; ni yo me engañe en ellas ni con ellas engañe a otros” (Confesiones 11,2,3). De hecho, cuando reconoce que son un tesoro, se lamenta de no haberlas estudiado más a fondo: “Es tal la profundidad de las Escrituras cristianas, que mi adelantamiento no tendría fin, aunque me ocupara en estudiarlas a ellas solas desde la primera infancia hasta la decrepita senectud, con holgura completa, con extremo afán y con mejor ingenio. No es tanta la dificultad cuando se trata de saber las cosas que son necesarias para la salvación. Pero una vez afianzada la fe, sin la cual no se puede vivir piadosa y rectamente, que dan para los eruditos tantos problemas, tan velados entre múltiples sombras misteriosas; hay tanta profunda sabiduría no sólo en las palabras en que los problemas se presentan, sino también en los problemas reales que se pretenden desvelar, que a los más veteranos, agudos, ardientes en el afán de conocer, les acaece lo que la misma Escritura dice en cierto lugar: Cuando el hombre termina, entonces empieza” (Carta 137,3). Precisamente porque siempre hay que aprender y nunca se puede uno considerar sabio en lo que se refiere a la Escritura, Agustín, cuando es ordenado sacerdote pide a su obispo un tiempo para poder profundizar en la Escritura (Carta 21).

La Escritura se convirtió para Agustín en un texto de estudio, de meditación y de plegaria, pero, hubo un tiempo en el que la Biblia no era tan agradable y así lo reconoce el mismo Agustín. Cuando comenzó a vivir de ella, le sacaban de sus casillas los que criticaban y no apreciaban este libro: “Leía yo esto y me inflamaba y no sabía que hacer con aquellos sordomudos, siendo yo de los cuales fue una peste, un perro rabioso y ciego que ladraba contra aquellas letras, melifluas por su miel de cielo y luminosas por tu luz, y me consumía contra los enemigos de estas Escrituras” (Confesiones 9,4,12).

7. Cultivador de la amistad: “En compañía de los que se le habían unido... Comunicaba a los demás lo que recibía del cielo con su estudio y oración, enseñando a presentes y ausentes con su palabra y escritos” (Posidio Vida 3). A lo que parece Agustín amaba el compartirlo todo, era un enamorado de la amistad, como lo demuestra mucho antes de su conversión, donde la cultivaba y tenía grandes proyectos de vida con los amigos. Cuando habla del amigo anónimo habla de la amistad como una dulzura: “Con todo, era para mí aquella amistad –cocida con el calor de estudios semejantes- dulce sobremanera” (Confesiones 4,4,7). Reconoce que la amistad verdadera siempre es desinteresada y que así la vivió él mismo: “Porque amaba yo a mis amigos desinteresadamente y sentíame a la vez amado desinteresadamente de ellos” (Confesiones 6,16,26).

Para Agustín la amistad es uno de esos bienes imprescindibles y de primera necesidad. “en este mundo son necesarias estas dos cosas: la salud y el amigo, dos cosas que son de gran valor y que no debemos despreciar. La salud y el amigo son bienes naturales” (Sermón 299 D,1-2.). Pero, ¿por qué es necesaria la amistad? Porque sin el amigo, nos responde Agustín, nada es agradable en la vida: “Si la pobreza nos oprime, si el duelo nos acongoja, si el sufrimiento corporal nos atormenta, siempre hay almas caritativas que saben ejercer el arte de estar contentos con los que ríen y que saben llorar con los que lloran. Almas que saben pronunciar palabras reconfortantes, y mantener una conversación bienhechora. De esta manera se endulzan los pesares, se aligeran las cargas, se vencen los desengaños. Pero en realidad es Dios el que lleva a cabo todo esto por y en los hombres. Es Él, a través de su Espíritu, el que hace buenos a los hombres. Por otra parte, cuando nadamos en la abundancia, o el duelo está lejos de nosotros o gozamos de buena salud corporal, o vivimos en una patria libre, pero nos vemos obligados a convivir entre gente entre las que no hay ni uno solo del que no dudemos o temamos la artimaña, el engaño, el rencor, la discordia, o la falsedad, ¿acaso no se convierten entonces todos estos bienes en duros y amargos, y pierden toda su alegría y encanto? De esta forma, sin un hombre que sea nuestro amigo, no hay nada en este mundo que nos parezca amable” (Carta 130,2,4).

8. Hombre sencillo y humilde, que era consciente de que todo había sido gracia en su vida: “Así, Agustín, favorecido por la gracia del Señor, recibió por medio de un prelado tan grande y excelente como Ambrosio la doctrina saludable de la Iglesia y los divinos sacramentos” (Posidio Vida 1). De hecho, pide perdón siempre que piensa que alguien ha podido sentirse ofendido por algo que ha dicho o hecho, como lo hizo con Jerónimo que se sintió ofendido: “Conozco que no podrías haberte molestado si yo no hubiese dicho lo que no debí o lo hubiera dicho como debí” (Carta 73,10). Y en otro momento le dice: “Te vuelvo a rogar que me corrijas con toda confianza cuando vieres que lo necesito. Aunque el episcopado sea mayor que el presbiterado, según la nomenclatura jerárquica que el uso de la Iglesia ha consagrado ya, con todo, Agustín es menor que Jerónimo en muchas cosas, y, en todo caso, no se ha de rehuir ni rechazar la corrección de un inferior, cualquiera que sea” (Carta 82,33).

Agustín hace de la humildad un estilo de vida, una forma de ser y de relacionarse consigo mismo, con Dios y con los demás y es que la humildad es el punto de partida del camino de la verdadera religiosidad, revestirse de humildad es asumir el modo apropiado para ir elevándose paso a paso. La humildad es la virtud que hace que nos comportemos como somos y tenemos que ser ante Dios y ante los demás, es decir, nos hace apreciarnos a nosotros mismos, descubrir lo que Dios nos ha concedido y comprender su grandeza y

nuestra pequeñez. Esta es la experiencia que se vio obligado a realizar el mismo Agustín para poder acceder a la conversión del corazón: “Y buscaba yo el medio de adquirir la fortaleza que me hiciese idóneo para gozarte; ni había de hallarla sino abrazándome con el Mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús... Pero yo, que no era humilde, no tenía a Jesús humilde por mi Dios, ni sabía de qué cosa pudiera ser maestra su flaqueza” (Confesiones 7,18,24). Basta pensar en sus Confesiones donde desnuda su alma ante sus contemporáneos para darnos cuenta del sentido sencillo de vida que tiene. Pero esto no es sólo algo teórico. Cuando el primado de Numidia convoca un concilio regional y le pone en un lugar destacado, le escribe diciendo que no quiere un lugar de privilegio: “Además, se escribía a los mismos obispos de Numidia con un orden tan alterado y descuidado, que mi nombre venía en tercer lugar, y bien sé que fui ordenado después de muchos otros obispos. Eso es para los demás bastante injurioso y a mí me crea envidias” (Carta 59,1). El mismo nos confiesa que desde su conversión no aspiró nunca a puesto de honor en la Iglesia: “Yo, en quien por misericordia de Dios veis a vuestro obispo, vine siendo joven a esta ciudad. Muchos de vosotros lo sabéis. Buscaba dónde fundar un monasterio para vivir con mis hermanos. Había abandonado toda esperanza mundana y no quise ser lo que hubiera podido ser; tampoco, es cierto, busqué lo que soy... Me separé de quienes aman el mundo, pero no me equiparé a los que gobiernan a los pueblos. No elegí un puesto superior en el banquete de mi Señor, sino el último y despreciable, pero le plugo a Él diciendo: Sube más arriba. Hasta tal punto temía el episcopado que, cuando comenzó a acrecentar mi fama entre los siervos de Dios, evitaba acercarme a lugares donde sabía que no tenían obispo. Me guardaba bien de ello y gemía cuanto podía para salvarme en un puesto humilde antes que ponerme en peligro en otro más elevado. Mas, como dije, el siervo no debe contradecir a su Señor...” (Sermón 355,2).

Para Agustín, la humildad tiene una importancia radical en la vida cristiana, recordemos el famoso texto de la carta a Dióscoro, donde se nos presenta el marco en el cual se entiende y se puede valorar lo que es la humildad: “Quisiera, mi Dióscoro, que te sometieras con toda tu piedad a este Dios y no buscaras para perseguir y alcanzar la verdad otro camino que el que ha sido garantizado por aquel que era Dios, y por eso vio la debilidad de nuestros pasos. Ese camino es: primero, la humildad; segundo, la humildad; tercero, la humildad; y cuantas veces me preguntes, otras tantas te diré lo mismo. No es que falten otros que se llaman preceptos; pero si la humildad no precede, acompaña y sigue todas nuestras buenas acciones, para que miremos a ella cuando se nos propone, nos unamos a ella cuando se nos allega y nos dejemos subyugar por ella cuando se nos impone, el orgullo nos lo arrebatará todo de las manos cuando nos estemos ya felicitando por una buena acción. Porque los otros vicios son temibles en el pecado, más el orgullo es también temible en las mismas obras buenas. Pueden perderse por el apetito de alabanza las empresas que saludablemente ejecutamos... Si me preguntas, y cuantas veces me preguntes, acerca de los preceptos de la religión cristiana, me gustaría descargarme siempre en la humildad, aunque la necesidad me obligue a decir otras cosas” (Carta 118,22).

9. Hombre de la caridad: “Con fiel relato llegó esto a los oídos de Agustín, el cual, ansioso de salvar su vida de los peligros del mundo y de la muerte eterna, voló espontáneamente al punto a la ciudad, y con reiteradas conversaciones y consejos, según el don de Dios, le animó a ejecutar lo prometido” (Posidio Vida 3). Después de la conversión, se lanzó con todas sus fuerzas a amar a Dios, Sumo Bien y suma de todos los bienes:

“Decidme todavía cuál es la medida de este amor, pues temo arder en el deseo y amor de mi Dios más o menos de lo que conviene... Hemos oído cuál es lo que debemos amar y en qué medida. Este es el fin de la dirección y referencia de todos nuestros pensamientos. Dios es para nosotros la suma de todos los bienes, es nuestro sumo bien. No debemos quedarnos más acá ni ir más allá: lo primero es peligroso, y lo segundo, la nada” (Costumbres de la Iglesia católica 1,8,13). Desde el momento que es nombrado obispo es consciente de que tiene que estar al servicio de todos: “Nombrado obispo, predicaba la palabra de salvación con más entusiasmo, fervor y autoridad; no sólo en una región, sino dondequiera que le rogasen, acudía pronta y alegremente, con provecho y crecimiento de la Iglesia de Dios, dispuesto siempre para dar razón de su fe y esperanza en Dios” (Posidio Vida 9).

10. Hombre de unidad. Su pasión es la pasión de la Iglesia, de la comunidad y en la Iglesia y la comunidad le interesa por encima de todo la unidad: “Anhelante por vivir en aquella y de aquella grey” (Posidio Vida 2). De hecho, Posidio nos lo presenta viviendo de y para la Iglesia: “Y era aquel hombre memorable el miembro principal del Cuerpo del Señor, siempre solícito y vigilante para trabajar en pro de la Iglesia; y por divina disposición tuvo, aun en esta vida, la dicha de gozar del fruto de sus labores, primera mente con la concordia y la paz, restablecida en la iglesia y diócesis de Hipona, puesta bajo su vigilancia pastoral, y después en otras partes de África, donde vio crecer y multiplicarse la Iglesia por esfuerzo suyo o por mediación de otros sacerdotes formados en su escuela, alborozándose en el Señor, porque tan a menos habían venido en gran parte los maniqueos, donatistas, pelagianos y paganos, convirtiéndose a la verdadera fe. Gozosamente favorecía el progreso y esfuerzo de todos los buenos, toleraba con piedad la indisciplina de los hermanos, gimiendo y lamentándose de las injusticias de los malos, ora se hallasen dentro, ora fuera de la Iglesia. Se alegraba, repito de las ganancias del Señor y lloraba sus pérdidas” (Posidio Vida 18).

Si algo le dolía especialmente a Agustín era la división y la falsedad, de hecho hemos de reconocer que luchó con todas sus fuerzas para desterrar estos aspectos: “Dios, a quien están patentes los arcanos del humano corazón, sabe que cuanto más amo la paz cristiana, tanto más me conmueven las hazañas sacrílegas de aquellos que perseveran indigna y perversamente en el cisma. Pero esa conmoción de mi espíritu es pacífica; no trato de que nadie sea obligado por la fuerza a entrar en la comunión católica, sino de que la verdad evidente se patentice a todos los que yerran, para que, por mi ministerio y con el auxilio de Dios, la misma verdad manifiesta se haga abrazar y seguir” (Carta 34,1).

Posidio reconoce que estos esfuerzos dieron resultados satisfactorios y que la iglesia africana comenzó a gozar de paz por medio de la labor realizada por Agustín: “Así, por medio del mencionado varón de Dios fue extirpado el error de los corazones de todos los presentes y de los ausentes a quienes llegó la noticia... Y enseñaba y predicaba privada y públicamente, en casa y en la iglesia, la palabra de la salud eterna contra las herejías de África, sobre todo contra los donatistas, maniqueos y paganos, combatiéndolos, ora con libros, ora con improvisadas conferencias, siendo esto causa de inmensa alegría y admiración para los católicos, los cuales divulgaban donde podían a los cuatro vientos los hechos de que eran testigos. Con la ayuda, pues, del Señor, comenzó a levantar cabeza la iglesia de África, que desde mucho tiempo yacía seducida, humillada y oprimida... Comenzó, pues, a difundirse por toda el África su doctrina y el olor suavísimo de cristo, llegando su noticia y alegría a la iglesia de ultramar; pues así como cuando padece un miembro, todos los miembros se compadecen, también cuando es glorificado uno, todos los demás participan de

su gozo” (Posidio Vida 6.7). Agustín quería que su comunidad fuese como una pequeña Iglesia: “Luego los monjes eran como barba; muchos fueron fuertes y padecieron muchísimas persecuciones. Pero, si desde la barba no hubiera descendido el unguento, no tendríamos ahora monasterios. Mas como descendió también al gorjal del vestido, pues dice así: Que descendió al gorjal del vestido, apareció a continuación la Iglesia, que engendró los monasterios del vestido del Señor; porque el vestido sacerdotal simboliza a la Iglesia y ella misma es la veste” (Comentario al salmo 132,9).

La aspiración que tiene Agustín es vivir como los primeros cristianos y garantizar en la Iglesia de Dios la unidad y las relaciones fraternas, es decir, Agustín quiere ser un intérprete y un imitador: “Ordenado, pues, presbítero, luego fundó un monasterio junto a la iglesia, y comenzó a vivir con los siervos de Dios según el modo y la regla establecida por los apóstoles. Sobre todo miraba a que nadie en aquella comunidad poseyese bienes, que todo fuese común y se distribuyese a cada cual según su menester, como lo había practicado él primero, después de regresar de Italia a su patria” (Posidio Vida 5). Esto mismo lo confirma Agustín, predicando a sus fieles, cuando les da explicación de un hecho sucedido en el monasterio: “Muchos conocéis, por haberlo leído en la Sagrada Escritura, cómo queremos vivir y cómo vivimos ya, por la misericordia de Dios; no obstante para hacéroslo recordar, se os leerá el mismo texto de libro de los Hechos de los Apóstoles, a fin de que veáis dónde está descrita la norma que deseamos cumplir... Habéis escuchado lo que queremos; orad para que lo podamos. Una circunstancia me obligó a tratar esto con detenimiento. Como sabéis, un presbítero de nuestra sociedad, sociedad de la que da testimonio la lectura escuchada, hizo testamento al morir porque tenía de qué hacerlo. Tenía algo que llamaba suyo, a pesar de vivir en esa sociedad en la que a nadie le es lícito llamar propio a nada, pues han de ser todas las cosas comunes” (Sermón 256,1-2).

11. Hombre justo. El talante de Agustín en cuanto a la justicia nos lo pone de relieve su mismo biógrafo: “Cuando estaban vacías las arcas de la iglesia, faltándole con qué socorrer a los pobres, luego lo ponía en conocimiento del pueblo fiel. Mandó fundir los vasos sagrados para socorrer a los cautivos y otros muchísimos indigentes, cosa que no recordara aquí, si no supiera que va contra el sentido carnal de muchos” (Posidio, Vida 24).

Como punto de partida de nuestra reflexión puede servirnos la denuncia que Agustín hace de la civilización materialista de su tiempo, aunque sea un largo texto, los elementos que contiene parece estar sacados de cualquier diario de gran tirada de los actuales, puestos es boca de alguno de los grandes defensores de la sociedad del bienestar, única y exclusivamente desde el punto de vista material, por eso creo que nos puede ayudar a situarnos también nosotros: “Con tal que se mantenga en pie (la Patria) -dicen ellos-, con tal de que esté floreciente y oronda por sus riquezas, gloriosa por sus victorias, o -lo que es más acertado- en una paz estable, ¿qué nos importa lo demás? Esto es lo que más nos importa: que todos aumenten sus riquezas y se dé abasto a los diarios despilfarros, con los que el más poderoso pueda tener sujeto al más débil; que los pobres buscando llenar su vientre estén pendientes de complacer a los ricos, y que bajo su protección disfruten de una pacífica ociosidad; que los ricos abusen de los pobres, engrosando con ellos sus clientelas al servicio de su propio fasto; que los pueblos prodiguen sus aplausos no a los defensores de sus intereses, sino a los que generosamente dan pábulo a sus vicios. Que no se les den mandatos difíciles, ni se les prohíban las impurezas; que los reyes se preocupen no de la virtud, sino de la sujeción de sus súbditos; que las provincias no rindan vasallaje a sus gobernadores como a

moderadores de la conducta, sino como a dueños de sus bienes y proveedores de sus placeres; que los honores no sean sinceros, sino llenos de miedo entre doblez y servilismo; que las leyes pongan en guardia más bien para no causar daño a la viña ajena que a la vida propia; que nadie sea llevado a los tribunales más que cuando cause molestias o daños a la hacienda ajena, a su casa, a su salud o a su vida contra su voluntad; por lo demás, cada cual haga lo que le plazca de los suyos, o con los suyos, o con quien se prestare a ello; que haya prostitutas públicas en abundancia, bien sea para todos los que desean disfrutarlas, o, sobre todo, para aquellos que no pueden mantener una privada. Que se construyan enormes y suntuosos palacios; que abunden los opíparos banquetes; que, donde a uno le dé la gana, pueda de día y de noche jugar, beber, vomitar, dar rienda suelta a sus vicios; que haya estrépito de bailes por doquier; que los teatros estallen de gritos y de pasiones impuras. Sea tenido como enemigo público la persona que sienta disgusto ante tal felicidad. Y si uno intentare alterarla o suprimirla, que la multitud, dueña de su libertad, lo encierre donde no se le pueda oír; lo echen, lo quiten del mundo de los vivos. Ténganse por dioses verdaderos los que se hayan preocupado de proporcionar a los pueblos esta felicidad y de conservar la que ya disfrutaban. Sea el culto como a ellos les plazca, exijan los juegos que se les antoje, los que puedan obtener de sus adoradores o junto con ellos; procuren únicamente que una tal felicidad no la pongan en peligro ni los enemigos, ni la peste, ni desastre alguno” (La ciudad de Dios 2,20).

Nuestros tiempos no son los de Agustín, nosotros vivimos en la era del tener, al menos en occidente, en una sociedad opulenta, aunque, a decir verdad, existen las mismas desigualdades que en los tiempos de Agustín y, precisamente por eso, es posible que nos pueda ayudar algo lo que dice también a nosotros; de hecho, las desigualdades sociales, y en concreto el abismo entre ricos y pobres, es una de las preocupaciones que más se repiten en sus sermones, apelando siempre a la justicia y a la caridad.

Agustín está muy sensibilizado ante los problemas que se derivan de la injusta distribución de los bienes; al poco de convertirse, una de las cosas que más le llama la atención de los monasterios que visita es la generosidad para con los pobres que tenían los monjes: “Lo que les sobra del trabajo manual lo reparten entre los necesitados, con más diligencia que se puso en adquirirlo. No se preocupan en modo alguno de acumular abundancia de bienes: no es otro su empeño que deshacerse de lo que no les es necesario, hasta el punto de enviar barcos cargados de víveres a los lugares donde vive gente pobre y necesitada. Pero, ¿qué necesidad hay de insistir más sobre hechos tan conocidos de todo el mundo?” (Costumbres de la Iglesia 1,31,67). Parece que Agustín está convencido que el tener presente a los necesitados y socorrerlos es una de las tareas más importantes del monasterio: “Cuando obráis con solicitud y valentía y trabajáis con diligencia en orar, ayunar y hacer limosnas; cuando socorréis a los indigentes...” (Epístola 48,3).

+ El mundo es el gran hogar de todos, Dios lo hizo para todos, pero lo cierto es que muchas veces no somos conscientes de ello y nos dedicamos a disfrutar de lo nuestro independientemente de los demás: “Dios da el mundo al rico lo mismo que al pobre. ¿Acaso porque es rico va a poder llenar dos estómagos? Pensad bien y ved si los pobres duermen saturados con los dones de Dios. El que os alimenta a vosotros alimenta a los pobres por medio de vosotros” (Sermón 39,4). Lo cierto es que pobres y ricos son iguales en cuanto hombres, sin nada vinieron al mundo y sin nada saldrán de él: “Dejando de lado sus riquezas, quienes piden son tales cuales aquellos a quienes piden. ¿Qué cara tienes para pedir a tu

Señor, tú que no reconoces a quien es igual que tú? No soy, dices, como él. Lejos de mí el ser como él. Inflado y obcecado, esto dice el hombre andrajoso. Pero yo pregunto a los hombres desnudos. No pregunto cómo sois cuando estáis vestidos, sino cuando nacisteis. Ambos desnudos, ambos débiles, ambos iniciando una vida desdichada y, por tanto, ambos llorando. Recuerda, (oh rico!, el comienzo de tus días. Mira si trajiste algo a este mundo... ¿Acaso porque aquí encontraste muchas cosas, aunque tú nada trajiste, vas a llevarte de este mundo algo contigo?... Nada trajiste, nada te llevarás de él. ¿Por qué te inflas contra el pobre?... He aquí, rico, que nada trajiste al mundo, pero tampoco puedes llevarte nada de él” (Sermón 61,8-9).

Agustín también afronta el problema de fondo de la existencia de los pobres y la pobreza, que no es otro que la injusta distribución de la riqueza: “Dios nos da a todos las cosas en abundancia para disfrutarlas; ha hecho el mundo tanto para el rico como para el pobre” (Sermón 39, 4); Dios ha puesto en la tierra bienes abundantes para todos, pero no los suficientes para llenar los bolsillos de los avarientos: “Los deseos de los mendigos se sacian con pocas monedas, mientras que la ambición de un hombre avaro no la sacia ni el mundo entero” (Sermón 359 A,6).

+ Al nacer y al morir todos somos iguales y estamos desnudos, después, es posible que durante el resto de la vida parezcamos distintos, pero es sólo apariencia, porque al final siempre salen las cuentas: “Considere y piense el rico que también él es mortal e igual al pobre mortal. A ambos los recibió desnudos la tierra, a ambos los espera la muerte y ante ninguno de los dos tiene miedo la fiebre. La tiene el pobre en su lecho de tierra; pero tampoco el rico la asusta cuando viene a su lecho de plata. Reconozcan que los pobres son sus iguales; los hombres pobres son también hombres; el vestido es distinto, pero la piel es idéntica; y aunque al rico lo entierren envuelto en aromas, no por eso dejará de tener lugar la corrupción, aunque tarde más; tardará más en corromperse, pero ¿no se corromperá acaso?” (Sermón 177,7).

Hablando del rico epulón y del pobre Lázaro nos presenta un cuadro cargado de realismo y una propuesta para que el rico tome conciencia de que también él nació desnudo y nada se llevará, por tanto, no es inteligente la avaricia: “Los dos eran ciertamente hombres, hombres de carne y mortales, pero no eran iguales. La naturaleza era la misma, pero el modo de vida no. Ninguno de ellos está libre de la condición mortal, y, sin embargo, uno banquetea espléndidamente y el otro aparece todo asqueroso, envuelto en andrajos y miseria. Aquel se deleitaba con exquisitos alimentos, fruto de la inventiva de sus cocineros; este se hallaba a la espera de que cayesen migas de su mesa. Escuchen ahora los ricos que no quieren ser misericordiosos. Escuchen lo siguiente: todos nacemos con una misma condición, vivimos bajo una misma luz, respiramos un mismo aire y nos agotamos con una misma muerte... Nada llevamos o arrebatamos con nosotros. Sólo la avaricia de los ricos es insaciable. Siempre está acaparando y nunca se sacia; ni teme a Dios ni siente respeto humano; ni perdona al padre ni reconoce a la madre; ni obedece al hermano ni guarda fidelidad al amigo...” (Sermón 367,1). Dirigiéndose al rico, como si fuese Dios quien le habla, le dice: “Mira vuestro común origen: ambos nacisteis desnudos. Sí; también tú naciste desnudo. Muchas cosas aquí hallaste; pero tú, ¿qué aportaste? No te pido sino lo mío; dámelo; ya te lo devolveré. Yo he sido tu dador, hazme pronto tu deudor” (Sermón 223,5).

Como podemos ver, Agustín con frecuencia se remite a la solidaridad que nace de la naturaleza humana para argumentar la igualdad que debe existir entre los hombres. El hombre ha sido hecho para vivir con los demás: “Como quiera que cada hombre en concreto es una porción del género humano y la misma naturaleza humana es de condición sociable, síguese de ello una grande excelencia natural, como es el vínculo solidario de la amistad entre todos los hombres” (Del bien del matrimonio 1,1). Pero, no sólo eso, hemos de tener en cuenta que hemos sido redimidos de la misma manera en la cruz y hechos hijos adoptivos de Dios nuestro Padre y, como consecuencia, hemos sido hermanados con Cristo. Para nosotros cristianos, no podemos detenernos en esta dimensión meramente humana de la solidaridad, sino que tenemos que caminar en la caridad, pero la caridad comienza ayudando al necesitado: “Luego, hermanos, la caridad comienza aquí: dando de lo superfluo al necesitado que se halla en algunas penurias y librando al hermano de los apuros temporales con las cosas que le sobran de este mundo. Este es el comienzo de la caridad. Si alimentares con la palabra de Dios y con la esperanza de la vida futura esta caridad incoada, obtendrás tal perfección que estarás dispuesto a dar la vida por tus hermanos” (Comentario a la carta de Juan 6,1).

+ Agustín insiste en que estemos atentos con relación a los pobres, sabe que es una tarea que siempre está pendiente y que nunca se aprende del todo, por eso les dice a sus fieles: “No despreciéis a los pobres, a quienes no tienen adonde regresar ni adonde entrar. Tienen casas; las tienen eternas. Las tienen y en vano desearéis entrar en ellas” (Sermón 41,6). Es más, terminando los sermones invita a los fieles a “pensad en los pobres, en cómo vestir a Cristo desnudo” (Sermón 25,8; cfr. Sermón 122,6); en otra ocasión parece insinuar que para ser hijos es necesario dar a los pobres: “Hay que entregar ya a los pobres lo que habéis reunido, los que lo reunisteis; y esta vez tenemos mucho menos para la suma que soléis ofrecer; sacudid la pereza. Yo soy ahora mendigo de los mendigos; pero ¿qué me importa? Sea yo mendigo de los mendigos, para que vosotros seáis contados en el número de los hijos” (Sermón 66,5). Dad a los pobres es el camino para recibir de Dios el perdón: “Pensad en los pobres. Os lo digo a todos: dad limosnas, hermanos míos; dadlas, que nada perdéis. Creed a Dios. No os digo sólo que no perdéis nada de lo que daís a los pobres; os digo más: no sólo no perdéis eso, sino que perdéis todo lo demás. Ya veremos si hoy sois causa de alegría para los pobres; vosotros sois sus graneros, para que Dios os dé con qué dar y os perdone vuestros posibles pecados. Introducid la limosna en el corazón de los pobres, y ella orará por vosotros al Señor” (Sermón 376 A,3).

12. Hombre solidario. Agustín se siente pobre con los pobres y se alimentan de la misma despensa: “Nunca olvidaba a los compañeros en su pobreza, socorriéndoles de lo que se proveían él y sus comensales, esto es, o de las rentas y posesiones de la Iglesia o de las ofertas de los fieles” (Posidio, Vida 23). Agustín pide que cuando se de no se abandone la justicia, porque de lo contrario el dar no tiene ningún valor: “Prestad atención. Habéis abandonado la justicia y la caridad y daís el diezmo de las hortalizas. Eso no es hacer limosna” (Sermón 106,3). Lo principal es la justicia y Dios nunca admitirá sobornos de ningún tipo: “Haced limosna con lo ganado en vuestros dignos trabajos; dad de aquello que poseéis justamente. No podréis corromper al juez Cristo de modo que sólo os oiga a vosotros y no también a los pobres a quienes se lo arrebatáis” (Sermón 113,2).

+ La solidaridad para Agustín implica luchar contra todas las formas de pobreza y hacernos sensibles a las necesidades de los demás y anticiparnos a ellas: “Estate atento, sé

prevenido, investiga, atiende cómo viva cada uno, cómo lo pasa, de qué modo se encuentra; esta curiosidad no es censurable; has de ser tierra que produzcas heno para los jumentos, y hierba para servicio de los hombres. Sé diligente y atiende al necesitado y al pobre. ¿Se acerca a ti uno y te pide? Anticípate tú a otro para que no te pida” (Comentario al salmo 103,3,10).

Agustín fundamenta la solidaridad cristiana con el pobre en la identificación de Cristo con el pobre y en la realidad del Cristo Total. Cristo-Cabeza está en el cielo, libre ya de todo sufrimiento, pero sigue sufriendo aquí en sus miembros: “Junto al Padre es rico; pero aquí es pobre y está en los pobres” (Sermón 123,4). “Cristo está necesitado cuando un pobre padece necesidad” (Sermón 38,8). “Cristo padece hambre en los pobres” (Sermón 32,20;). “Os había puesto en la tierra a mis pequeñuelos necesitados. Dirá: ‘Yo, como Cabeza, me encontraba sentado en el cielo a la derecha del Padre, pero mis miembros padecían en la tierra, mis miembros tienen necesidades en la tierra. Lo que hubierais dado a mis miembros hubiera llegado hasta la Cabeza. Y os hubierais dado cuenta de que, cuando os puse en la tierra a mis pequeñuelos necesitados, los constituí para vosotros en portadores que llevaran vuestras buenas obras hasta mi tesoro. Y no pusisteis nada en sus manos, y por eso no encontrasteis nada en mí” (Sermón 18,4). “Das, pues, a Cristo, cuando das a un necesitado” (Sermón 113 B,4; 114 A,4; 367,3; 86,2-4; 42,2. Los sermones 85 y 86 son una síntesis del pensamiento agustiniano sobre los pobres y la pobreza).

Desde la dimensión del cuerpo de Cristo, es fácil comprender que cada miembro, es decir, cada hombre, tiene una dignidad supletoria y, en consecuencia, ofender a un miembro es ofender a todo el cuerpo y, en definitiva, al mismo Cristo: “Que nadie, pues, desprecie el pecado contra el hermano. Dice en cierto lugar el Apóstol: ‘Así los que pecáis contra los hermanos y herís su débil conciencia, pecáis contra Cristo’, precisamente porque todos hemos sido hechos miembros de Cristo. ¿Cómo no vas a pecar contra Cristo, si pecas contra un miembro de Cristo?” (Sermón 82,4). En otro momento, comentando las palabras: “Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?” (Hechos 9,4), Agustín nos dice que Cristo sigue clamando desde el cielo en favor de todos sus miembros explotados y despreciados en esta tierra: “A él en persona nadie le tocaba, pero en cuanto cabeza clamó desde el cielo en favor de sus miembros pisoteados en la tierra” (Sermón 64 A,2).

El único distintivo, la única prueba que demuestra que se pertenece al cuerpo de Cristo, la única bandera de la Iglesia, es el amor. El amor es el mandamiento nuevo de Cristo, que hace hombres nuevos, pertenecientes a la Iglesia, que cantan el nuevo cántico de acción de gracias. Este amor nos renueva y nos congrega en un pueblo, donde nos atendemos los unos a los otros y estamos pendientes de cada uno; con el amor nos amamos por ser hijos del Altísimo, no por nuestras cualidades humanas. Agustín hace un verdadero cántico a este amor, que corresponde al amor con que Dios nos ha amado, como botón de muestra citamos este texto que no tiene desperdicio: “Cristo nos dio el mandamiento nuevo de amarnos como Él nos amó. Este amor nos renueva para ser hombres nuevos, herederos del Nuevo Testamento y cantores del nuevo cántico. Este amor, carísimos hermanos, renovó ya entonces a los justos de la antigüedad, a los patriarcas y profetas, como renovó después a los apóstoles, y es el que también ahora renueva a todas las gentes; y el que de todo el género humano, difundido por todo el orbe, forma y congrega un pueblo nuevo, cuerpo de la nueva Esposa del Hijo unigénito de Dios, de la que se dice en el Cantar de los Cantares: ‘¿Quién es esta que

sube blanca'?. Blanca, sí, porque está renovada, y ¿por quién sino por el mandato nuevo? Por esto en ella los miembros se atienden unos a otros, y si un miembro sufre, con él sufren los otros; y si un miembro es honrado, con él se alegran todos los miembros. Oyen y observan el mandato nuevo que os doy, de amaros unos a otros, no como se aman los hombres por ser hombres, sino como se aman por ser dioses e hijos todos del Altísimo, para que sean hermanos de su único Hijo, amándose mutuamente con el amor con que Él los ha amado, para conducirlos a aquel fin que les sacie y satisfaga todos sus deseos... Por esto Él nos amó, para que nos amemos mutuamente, concediéndonos a nosotros, por su amor, estrechar con el amor mutuo los lazos de unión; y enlazados los miembros con un vínculo tan dulce, seamos el cuerpo de tan excelente cabeza” (Comentario al evangelio de Juan 65,1-2).

+ La solidaridad para con los hombres implica instaurar la justicia ya que, “el trabajo de Dios es la justicia” (Sermón 49,2), y esta justicia no existe mientras “en el mundo, una parte oprime y otra es oprimida” (Sermón 25). No podemos olvidar la frase lapidaria de Agustín: “Hay dos modos de delinquir contra el prójimo: uno es causándole daños y otro negándole nuestra ayuda cuando se le puede prestar” (Costumbres de la Iglesia 1,26,50). Por eso, “si os pidiera algo, pediría vuestro fruto y no vuestras riquezas, pediría vuestra justicia” (Comentario al salmo 146,17). Esto se presta, sin duda, a múltiples reflexiones. En este campo hay demasiados pecados de omisión, demasiado pasar la vista por alto y esperar a que se nos pida ayuda... Para Agustín los cristianos no podemos ser indiferentes con relación a los otros, como tampoco lo puede ser Caín de la sangre de su hermano: “Quien guarda en su corazón a Cristo, no dice lo de Caín: ‘¿Soy yo acaso el guardián de mi hermano?’ Dice Dios a Caín: ‘¿Qué hiciste? El grito de la sangre de tu hermano clama a mí desde la tierra’... En efecto, la sangre de Cristo levanta un poderoso grito en la tierra, cuando, una vez aceptado, todos los pueblos responden Amén” (Contra Fausto 12,10). La justicia implica dar a cada uno lo que le corresponde (cfr. De libre albedrío 1,89), y reconocer, al mismo tiempo, la igualdad y la diversidad de las personas (De la cantidad del alma 9,15). Es cierto que es injusto el que prefiere el poder a la justicia (cfr. Comentario al evangelio de Juan 6,18). También es verdad que los pobres pueden resultar molestos para la sociedad humana: “hay hombres tan necios que huyen de los miserables como de una peste, porque, dicen, si al alma no le afectan las miserias del prójimo, por sólo el deber, no se puede mover a socorrerlas; a estos hay que decirles que, más bien que serenos con la serenidad de la razón, están congelados del frío de inhumanidad” (Costumbres de la Iglesia 1,27,54).

Agustín nos invita a ser personas capaces de luchar por la promoción de la justicia en el mundo, reconociendo la dignidad de cada hombre. La justicia tiene una función social: “La justicia, nos dirá Agustín, es la disposición del alma exigida por la utilidad social que da a cada uno su mérito” (Ochenta y tres diversas cuestiones 31). Para que exista una sociedad estable, se necesita la justicia; a esto responde la famosa frase: “Si de los gobiernos quitamos la justicia, ¿en qué se convierten sino en bandas de ladrones a gran escala?” (La Ciudad de Dios 4,4). Tampoco puede haber derecho sin justicia: “Donde no hay justicia no puede haber tampoco un derecho. Lo que se hace según derecho se hace con justicia. Pero lo que se hace injustamente es imposible que sea según derecho. Y no podemos llamar derecho a tenerlo como tal a las injustas determinaciones de los hombres, siendo así que estos mismos hombres sostienen que el derecho dimana de la fuente de la justicia, y desmienten como espuria la afirmación que suelen repetir algunos espíritus torcidos, que es derecho lo que reporta utilidad al más fuerte” (La Ciudad de Dios 19,21,1).

La justicia para Agustín no es solamente un principio de armonía y orden, ni la virtud que preside la vida social y la individual, sino que incluye en el concepto de justicia el ordenamiento del hombre a Dios mediante el amor. “La justicia es el amor únicamente esclavo de su amado y que ejerce, por lo tanto, señorío conforme a razón... Este amor no es amor de un objeto cualquiera, sino amor de Dios, es decir, del Sumo bien, suma sabiduría y suma paz. Por esta razón, precisando algo más la definición se puede decir que la justicia es el amor que no sirve más que a Dios, y por esto ejerce señorío, conforme a razón, sobre todo lo inferior al hombre” (Costumbres de la Iglesia 1,15,25). El amor y la caridad complementan y elevan la justicia jurídica. Agustín nos recomienda que amemos la justicia y la compremos a cualquier precio: “Te doy un consejo sobre cómo obtener ganancias. Aprende a ser comerciante. ¿Aplaudes al comerciante que vende plomo y adquiere oro y no alabas al que da dinero y adquiere justicia?... Entonces, ¿no quieres dar dinero porque no posees la justicia? Más bien, da dinero para adquirirla. ¿De quién la vas a obtener sino de Dios, fuente de la justicia? Por tanto, si quieres poseer la justicia, sé mendigo de Dios, quien poco ha, mediante las palabras del Evangelio, te exhortaba a que pidieras, buscaras, llamaras” (Sermón 61,4).

Ser solidario es ayudar al prójimo, es darse a los demás. Agustín nos confiesa ingenuamente que desea darse a todos (Carta 118,2) y su biógrafo nos presenta como síntesis de su vida y el lema que le movió a actuar: leer, escribir, investigar, todo era “deseando ser útil a todos” (Posidio, vida 28). Como nos dice uno de sus estudiosos, “el Pastor de Hipona no se pertenecía; era el hombre de sus hermanos, y sus hermanos eran todo el mundo, todos los que tenían necesidad de él. Siervo de Dios y de la Iglesia, realizó plenamente su divisa de obispo: 'No busco dominar, sino prestar servicio' A ejemplo de San Pablo se había hecho todo para todos para ganar todas las almas que pudiese para Jesucristo” (Guilloux, El alma de S. Agustín, p. 260).

Promover una cultura de la solidaridad es optar por los necesitados, es vivir la solidaridad como estilo de vida, es decir, hacerse hombre para los demás, promocionando la práctica del compartir, porque el no dar es robar al pobre. Por eso aprender a ser solidario es aprender a ser hermanos, a vivir la fraternidad; según la mente de Agustín el dar no es otra cosa que restituir, porque no damos de lo nuestro: “Si dieras de lo tuyo sería prodigalidad; pero, dando de lo de Él, es devolución. ¿Qué tienes que no hayas recibido?” (Comentario al salmo 95,15). En el fondo, según Agustín, “todo lo que se posee mal es ajeno. Y posee mal quien usa mal. Ya ves cuántos son los que deben restituir lo ajeno” (Carta 153,26).

+ Agustín es consciente que un cristiano tiene que ser serio en cuanto al acumular, que no puede permitirse el lujo de tener cosas innecesarias, mientras otros pasan necesidad: “Tenemos muchas cosas superfluas si las tenemos como innecesarias, puesto que, si buscamos las frívolas, nada nos basta. Hermanos, reclamad, pedid lo suficiente para las obras de Dios, no lo que llene vuestra codicia. Vuestra codicia no es obra de Dios... Pedid las cosas que bastan, y veréis qué pocas son... Ved que no sólo son pocas las cosas que os bastan, sino que ni el mismo Dios exige muchas de vosotros. Reclama cuanto te dio, y de ello toma cuanto te basta; las demás cosas que como superfluas tienes arrinconadas, son necesarias para otros. Las cosas superfluas de los ricos son las necesarias de los pobres. Se poseen bienes ajenos cuando se poseen bienes superfluos” (Comentario al salmo 147,12). “El no dar al necesitado lo que sobra, es una especie de robo” (Sermón 206,2). Desde aquí se entiende que

vivir en la solidaridad es procurar un estilo de vida más sencillo, menos consumista y crear sensibilidades que ayuden a vivir en la gratuidad. Supone optar y trabajar no para tener más, sino para ser más plenamente persona, no para la promoción individual, sino para el crecimiento de todos. Sólo se posee bien cuando se sabe usar bien: “El oro y la plata son propiedad de aquel que sabe usar bien el uno y la otra. Pues aun entre los mismos hombres se ha de decir que alguien posee algo cuando usa bien de ello” (Sermón 50,4).

Invitándonos a hacer lo mismo que hizo María enjugando los pies del Señor, dice: “Si tienes cosas superfluas, repártelas a los pobres, y así enjugarás los pies del Señor, ya que los cabellos parecen ser lo superfluo del cuerpo. Tienes en qué emplear lo que te sobra; para ti son cosas superfluas, mas son necesarias a los pies del Señor. Sin duda los pies del Señor, que andan por el mundo, las necesitan” (Comentario al evangelio de Juan 50,6).

Vivir en la solidaridad es aprender a compartir y comunicar todos los bienes que se tienen: “Pero, si ellos son mendigos de profesión, también en la miseria tienen algo que mutuamente pueden prestarse. Dios no los abandonó, dejándolos sin ocasiones por las que se pruebe que hacen limosnas. Por ejemplo, uno no puede andar; el que puede, ayuda con sus pies al cojo; el que ve, presta sus ojos al ciego; el joven y fuerte, ofrece sus fuerzas al anciano o al enfermo y lo lleva sobre sus hombros. El uno es pobre, el otro es rico. Alguna vez también el rico es pobre y recibe algo del pobre... Luego no penséis que únicamente son pobres aquellos que no tienen dinero. Ve en el individuo en qué cosa es cada uno pobre, porque quizás tú eres rico en lo que él es pobre, y, por tanto, tienes de qué prestarle. Quizá le prestes tus miembros, y esto es mucho más que si le dieras dinero... El Cuerpo de Cristo está constituido así; de este modo se unen y adunan los miembros comunes mediante la caridad y con el vínculo de la paz cuando cada uno ofrece lo que tiene al que carece de ello. Es rico por lo que tiene, es pobre por lo que carece. Estimaos así, amaos así. No miréis únicamente por vosotros; atended a los indigentes que están junto a vosotros” (Comentario al salmo 125,13). Ricos y pobres deben compartir sus cargas: “¿En qué consiste la carga del pobre? En no tener. ¿Y la del rico? En tener más de lo necesario. Tú le ayudas a él en el no tener, y él te ayuda en el tener más de lo necesario, para que sean iguales vuestras cargas” (Sermón 164,9). “El rico y el pobre se oponen entre sí, pero también se necesitan mutuamente. Nadie sufriría necesidad si recíprocamente se socorriesen y ninguno se fatigaría si mutuamente se ayudasen... El pobre es el camino hacia el cielo por el que se llega al Padre” (Sermón 367,3). Concluyendo: “Tengan riquezas o no las tengan, sean pobres, pues de ellos es el Reino de los Cielos” (Sermón 53 A,6).

ESPIRITUALIDAD AGUSTINIANA DEL VOLUNTARIADO SOCIAL.

La espiritualidad agustiniana es Agustín

Afirmaciones de Posidio → Vida 3

Doce centros vitales de Agustín y tareas concretas para nosotros

- * Agustín vivió para Dios → Soliloquios 1,5.
Dios es el que hizo su obra en Agustín → Confesiones 10,27,38.
- * Es un convertido → Posidio, vida 2.
Revestirse de Cristo → Confesiones 9,1,1.
- * Es un penitente. Vida sencilla → Posidio, vida 22.
Las alas de la oración → Comentario al salmo 42,8.
- * Un hombre de oración → Confesiones 7,10,16.
Estar con Dios → Comentario al evangelio de Juan 48,10.
- * Un hombre apóstol
Su orientación contemplativa → Carta 5
Su vida activa → Sermón 104,7.
- * Un lector asiduo de la Escritura → Comentario al salmo 21,2,15.
La Escritura es un tesoro → Carta 137,3.
- * Cultivador de la amistad
Necesidad de la amistad → Carta 130,2,4.
- * Hombre sencillo y humilde → Carta 59,1.
El precepto de la humildad → Carta 118,22.
- * Hombre de la caridad → Costumbres de la Iglesia 1,8,13.
Está al servicio de todos → Posidio, vida 9.
- * Hombre de unidad → La pasión de la Iglesia → Posidio, vida 2
Le duele la división → Carta 34,1.
- * Hombre justo. Talante de Agustín → Posidio, vida 24.
El mundo es el hogar de todos → Sermón 39,4.
Todos somos iguales → Sermón 177,7; 367, 1.
Estar atentos → Sermón 376 A,3.
- * Hombre solidario.
Solidaridad es luchar contra la pobreza → Comentario al salmo 103,3,10.
Cristo se identifica con el pobre → Sermón 18,4.
El amor nos hace miembros de Cristo → Comentario al evangelio de Juan 64,1-2.
Instaurar la justicia → Sermón 49,2, y promocionarla → La ciudad de Dios 19,21,1.
Cristiano es el que no acumula → Comentario al salmo 147,12.
Todos podemos compartir algo → Comentario al salmo 125,13.